

# Transformaciones emancipatorias radicales desde las periferias del capitalismo global

Aprendizajes, desafíos y esperanzas del proceso chileno –una perspectiva desde Europa<sup>1</sup>

*Ulrich Brand y Nina Schlosser*

■ Doi: 10.54871/ca24125a

*La historia es nuestra y la hacen los pueblos.*

—Salvador Allende

## **Introducción**

La conferencia sobre la propuesta para una nueva Constitución en Chile en agosto del año 2022 en Santiago de Chile resultó una experiencia digna de recordar. Se reunió una multiplicidad de voces y perspectivas que tenían un consenso fuerte: el Apruebo de la Constitución propuesta no resolvería de un día al otro los problemas múltiples en Chile, pero abriría un espacio político-social y epistémico para repensar y rehacer la sociedad chilena, sus problemas, crisis actuales y su futuro.

<sup>1</sup> Agradecemos a Alberto Acosta y les editores por sus comentarios muy valiosos a versiones anteriores de este artículo.

La Constitución propuesta se presentaba como un faro renovador en un mundo que cae más y más en crisis múltiples, entrelazadas y en tiempo con la dominancia de un capitalismo cada vez más explotador. Es inocultable el agravamiento de la pobreza económica de grandes masas de la población del planeta debido a la creciente riqueza material de unos pocos. Y esa desigualdad social, de la mano de la marginación social y polarización resultante, agudiza la desesperación política y la consiguiente despolitización de amplios sectores de las mismas masas afectadas. Todo en un entorno en el que la lucha de los privilegiados para defender y consolidar sus posiciones sociales alienta el auge de la ultraderecha.

En esta lista incompleta de los problemas emerge la crisis ecológica: contaminación del aire, escasez de aguas, cantidades inimaginables de desechos, lluvias intensas y sequías prolongadas y, en particular, la destrucción de los territorios que son transformados en zonas de sacrificio. El cambio climático es un hecho indiscutible, tanto que es mejor comenzar a hablar de un colapso de los circuitos biofísicos que previamente sostenían el equilibrio ecológico global. La crisis ecológica es también una crisis social, o sea, una crisis de la sociedad capitalista y sus relaciones con la Naturaleza que no tiene mecanismos suficientes para detener la destrucción de las bases biofísicas de la vida en el planeta. En este contexto, la promesa de “desarrollo sostenible” basado en una “economía verde” o de un “crecimiento verde” promovido por un “Estado verde” –como se autodenomina ahora el Estado chileno– es, como veremos, una promesa falsa.

A pesar de esas constataciones, fue de alguna manera sorprendente el masivo rechazo a la nueva Constitución chilena. Para quienes participamos durante la conferencia de agosto ese fracaso representó, sin duda alguna, un reencuentro con la dura realidad.

## **Las innovadoras propuestas para una nueva Constitución**

“¡En Chile nació el neoliberalismo y en Chile, muere!”: el 11 de marzo del año 2022, el día de su toma de posesión como presidente, Gabriel Boric declamó este eslogan a la multitud que lo aclamaba. Se refería a un lema de los movimientos populares que electrizaron el país sudamericano durante meses a partir de octubre de 2019. Es sobre todo gracias a su movilización que el 78 % del electorado votó en octubre de 2020 a favor de establecer una Convención Constitucional para cambiar, con participación popular, la Constitución impuesta por la dictadura en 1980. Aunque solo el 51 % de los votantes emitieron su voto, el porcentaje fue superior al de otras elecciones en años recientes, y ello a pesar de las severas restricciones impuestas por la pandemia de COVID-19.

La Constituyente fue elegida en mayo de 2021 y compuesta por miembros predominantemente de izquierdas, progresistas e independientes. La Constituyente luego comenzó sus trabajos en julio y directamente con la elección de la presidenta, la mujer mapuche e intelectual Elisa Loncon, y así establecer otra señal de cambio. Al cabo de un poco más de un año, el proyecto de nueva Constitución fue sometido a votación el 4 de septiembre de 2022.

Sin entrar en las necesarias explicaciones del masivo rechazo, cabe anotar que, en los meses previos al referéndum, la derecha política se movilizó intensamente a favor del Rechazo. Su discurso dominaba los grandes medios de comunicación (Herrera et al., 2022), que están en manos de la clase propietaria. Y no podemos olvidar que desde sus orígenes el proceso constitucional, que no fue constituyente, fue colocado por las instancias del viejo poder político y económico en una suerte de camisa de fuerza del cual el proceso no pudo liberarse.

En cambio, los movimientos sociales se movilizaron en favor del Apruebo. Utilizaron las redes sociales, organizaron pequeños y grandes actos, así como conciertos, fueron de una puerta de casa a

la siguiente y a los colegios. Repitieron de alguna manera la acción colectiva que permitió la elección de Gabriel Boric en diciembre de 2021. Las campañas internacionales de apoyo pretendían motivar y reforzar las posiciones a favor de la nueva Carta Magna.

En el contexto de la Convención Constitucional se aceleró un proceso de repolitización de amplios segmentos de la sociedad chilena. Los indígenas mapuches –aunque divididos– entraron con fuerza a exigir el derecho a sus territorios en el sur del país. El movimiento feminista, al que también pertenece la conocida Coordinadora Feminista 8M, planteó en la agenda política una serie de cuestiones que confrontaron la estructura conservadora de la sociedad: familia, religión, patria. Una y otra vez, los estudiantes se movilizaron por un cambio radical de la educación. Estas y otras tantas luchas se sintonizaron con el estallido social de octubre de 2019, cuando se descargaron cincuenta años de miedo, ira e incluso odios crecientes contra las fuerzas hegemónicas.

El día de la votación fue simbólico: el 4 de septiembre de 1970. Ese día, el primer marxista elegido democráticamente, Salvador Allende, ganó las elecciones presidenciales. El país emprendió entonces lo que se conocería como la “vía chilena” hacia el socialismo democrático. Fue un contrapunto a las tradiciones izquierdistas más autoritarias que tuvieron su origen en la Revolución de Octubre rusa y que alcanzaron su punto más destacado en América Latina a principios de 1959, cuando Fidel Castro, Ernesto “Che” Guevara y su grupo, luego de una larga lucha armada, entraron en La Habana aclamados por millones de personas.

Ese “experimento chileno”, que las izquierdas del mundo miraron con una mezcla de sorpresa positiva y entusiasmo, terminó brutalmente el 11 de septiembre de 1973. Es decir, con un golpe de Estado, coordinado, financiado y dirigido por la U.S. Central Intelligence Agency y ejecutado por la represiva junta civil-militar dirigida por Augusto Pinochet, por un lado, y apoyado por las élites oligárquicas chilenas con el respaldo de amplios grupos de clases medias, por otra parte. Con una política de miedo y conformismo, los ideólogos del

régimen dictatorial se impusieron, y la constitución de 1980 les dio por fin legitimidad institucional. Señaladamente, bajo la fuerte influencia de Jaime Guzmán y sus gremialistas, como también Milton Friedman y sus *Chicago Boys*, quienes crearon las bases de lo que sería el “laboratorio neoliberal” chileno.

En Europa, las dinámicas progresistas bajo Allende, hace casi medio siglo, y los acontecimientos más recientes desde el estallido social fueron seguidos con simpatía y solidaridad dentro de la izquierda y también por un público amplio.

Se esperaba que, con la nueva Constitución, este país sudamericano no solo superaría el neoliberalismo, sino que marcaría un paso internacional planteando un texto innovador con sus potentes derechos sociales, económicos, políticos y culturales. En esa nueva Constitución se superaba el Estado subsidiario, permitiendo revertir muchos de los procesos de privatización impulsados por la dictadura, al establecer un sector público fuerte y un mayor papel regulador del Estado en la economía. Igualmente, establecía una serie de avances sustantivos con respecto a los bienes comunes naturales. Garantizaba la autodeterminación de los pueblos indígenas. Establecía algunos límites a las empresas transnacionales beneficiarias del “modelo chileno”. Los logros en el ámbito social fueron también destacados: los derechos a la seguridad social, a la educación, a la salud; el derecho a la asistencia que abarcaba todo el ciclo vital desde el nacimiento hasta la muerte, incluyendo el derecho a la muerte asistida.

El estatuto que se votaba era mucho más que una corrección del legado de la dictadura. También abría nuevos caminos. Por primera vez en la historia del mundo, una Constitución iba a estipular la paridad de género en todos los cargos públicos.

En la fallida Constitución se establecía la conformación de un Estado ecológico inspirado en los Derechos de la Naturaleza. Con sus disposiciones transformadoras, el estatuto también se habría convertido en un modelo internacional para la forma en que las sociedades abordan la crisis ecológica. Por ejemplo, la soberanía alimentaria y la protección de las semillas tradicionales se declaran objetivos

estatales importantes. Por segunda vez, desde la Constitución ecuatoriana de 2008, se garantizaba que la Naturaleza se convirtiera en sujeto de derecho. Los bienes comunes naturales, como el aire y el agua, debían estar especialmente protegidos. Se constituía un tribunal ambiental independiente. La lista de logros de la nueva Constitución era, por cierto, más larga y profunda, una cuestión que también debe ser analizada sobre todo por la falta de respaldo popular.

## Desafíos del proceso

Sin criticar la campaña por el Apruebo y las estrategias de las fuerzas sociales que movilizaron en favor de la nueva Constitución, sí podemos hacer algunas reflexiones vistas desde la lejana Europa. Hubo un debate denso acerca de este tema en Chile y en América Latina y otras contribuciones para este libro van a hacer un balance profundo del proceso que lamentablemente resultó –esta vez– en el rechazo de la propuesta para una Constitución. Titelman y Leighton (2022), por ejemplo, señalan la responsabilidad de las élites en la victoria del “Rechazo”, mediante el uso de los medios de comunicación, que poseen o al menos tienen partidarios bien intencionados en las editoriales y en todo caso disponen del capital necesario para financiar sus campañas de mentiras.

Nos animamos a destacar algunos aspectos, si se nos permite, que consideramos lecciones de aprendizaje importantes de este proceso para las izquierdas y fuerzas emancipatorias en Europa. Las fuerzas del Rechazo, en un ejercicio de defensa de los privilegios de las élites, criticaron la propuesta constitucional como demasiado radical y llena de conceptos como la plurinacionalidad, el feminismo o ecologismo que, en última instancia, amenazaban el *statu quo*. Se basan en los sentimientos y experiencias de una sociedad predominantemente conservadora, religiosa, patriarcal e incluso racista, que también se vio afectada por el impacto de la pandemia del COVID-19. Los grandes medios de comunicación, controlados por las

élites y en interés del capitalismo *glocal*, desplegaron una campaña de desinformación y mentiras colosales, diciendo, por ejemplo, que la nueva Constitución implicaría la expropiación de los pocos bienes de la gente. Además, como Titelman y Leighton (2022) argumentan, el proceso de la Convención Constitucional “estuvo marcado por la extrema fragmentación de posiciones y demandas, con muchos convencionales electos para defender una demanda en particular”. Una crítica que, si bien puede tener algo de veracidad, obvia el problema de fondo: en Chile no hubo un proceso constituyente genuino, es decir liderado y ejecutado por la propia ciudadanía y no tutelado por los poderes fácticos que impusieron las normas del proceso desde el 15 de noviembre de 2019, cuando, presionados por la movilización popular, aceptaron cambiar la Constitución de Pinochet.

Detrás de esta crítica de “ser demasiado radical” se encuentra el cambio de un momento político a mediados del año 2022 que se distingue del octubre 2019, cuando se formularon tantas demandas y aspiraciones sociales. Estas demandas de cambios sistémicos radicales, así que en los ámbitos de la educación, la salud, el plan de pensiones, la Naturaleza y cultura, considerando líneas de separación como clase, género, edad y “raza”, que finalmente se plasmaron en artículos constitucionales, no fueron suficientemente tenidas en cuenta por el gobierno de Gabriel Boric, al menos no en sus primeros meses. Además, es evidente que el nuevo gobierno no se jugó a fondo por la nueva Constitución. Graf (2022) argumenta que en octubre de 2019 había un antagonismo social con contenido de clase que se llamaba y se sentía como “pueblo”, vinculado con la experiencia de un poder disruptivo que hacía una diferencia en la vida política y social. Ese antagonismo perdió fuerza. Incluso los elementos antioligárquicos de la primera hora se desvanecieron. Hubo una confusión entre las relaciones de fuerza en la Convención Constitucional y la sociedad chilena. El desafío está planteado: ¿Cómo se traduce la experiencia del poder popular disruptivo en políticas institucionales y cambios de las relaciones de fuerzas?

En un debate interno en un grupo de trabajo,<sup>2</sup> Pierina Ferretti de Valparaíso reconoció un punto medular para nuestros análisis: “Leemos mal el campo popular”. Lo que parecía un rechazo contundente del modelo económico neoliberal no se reflejó en la experiencia de mucha gente, concluye Ferretti (2023), que hace por primera vez en su vida la experiencia de un relativo bienestar económico-social y cierta movilidad social. El “modo de vida imperial” (Brand y Wissen, 2021) es una promesa fuerte –que en muchos aspectos queda como promesa– también dentro de las clases medias y marginada en el mundo, aún más en Chile, donde el individualismo impulsado desde hace cuarenta años se nutre del consumismo y productivismo, inclusive de la pérdida de confianza en la cosa pública.

Vale recordar que Abufom Silva (2022) escribió dos semanas antes del referéndum:

El trasfondo más profundo de la revuelta –y lo que explica su deriva en un proceso constituyente– es una extendida crisis en el modo de organizar la reproducción social en el Chile actual, caracterizado por una economía rentista desgastada y volátil, una estructura social excesivamente desigual y un sistema de democracia representativa vía partidos políticos que es incapaz de representar las nuevas subjetividades engendradas por la crisis económica, particularmente los nuevos sectores precarizados y excluidos.

Evidentemente, la crisis y la creciente desigualdad no se tradujo a un sentido contra-élite. Además, la izquierda partidaria fue también percibida como parte del *establishment* y tampoco se empeñó a fondo por el éxito del complejo proceso constitucional. En este sentido, una lección es no suponer que “la mayoría silenciosa” es en principio antineoliberal. El sentido común del pueblo es mucho más complejo y las fuerzas políticas y sociales dominantes también saben cómo apelar a este sentido común necesariamente contradictorio –por ejemplo, interpretando la plurinacionalidad y la bandera mapuche en una sociedad racista como privilegios para una minoría indígena–;

<sup>2</sup> <https://www.rosalux.org.ec/grupo/>

no nos debe sorprender entonces que los indígenas mismos votaron mayoritariamente en contra de la propuesta para una nueva Constitución que abría la puerta a la plurinacionalidad (algunes Mapuche y también partes de otros pueblos indígenas, como les Lickanantay del Norte Grande, no se entienden como chilenos y quieren vivir en autonomía). La mayoría de las mujeres también votó en contra de una nueva Constitución feminista, lo que puede sorprender dado el fuerte movimiento feminista. Y la cuestión medioambiental a la postre no pesó tanto en el sentido común de las mayorías, algo que sorprende, pues también se perdió en algunos territorios en donde esas luchas han sido determinantes para frenar los extractivismos y los nocivos impactos de la mercantilización del agua y la (Madre) Tierra.

Las incertidumbres y los retos posrechazo son enormes. El nuevo proceso hacia una nueva Constitución consensuado, dominado por representantes de los partidos políticos y los mismos grupos de poder archiconocido, no augura que el cambio constitucional recoja las expectativas populares. Asumir como una simple opción esa posibilidad sería un acto de mayúscula ingenuidad política. En Chile se perdió una brillante oportunidad de cambio, pero eso no implica que la lucha se haya perdido definitivamente.

## **La dimensión internacional de las transformaciones intentadas en Chile**

Quisiéramos destacar otra implicación de una nueva Constitución como la que fue rechazada. Una Constitución por sí sola no cambiaría las relaciones de fuerza, los modos de (re)producción social y las relaciones societales con la Naturaleza. Lo que, sin embargo, es cierto, es que esa nueva Constitución pudo haber impactado en la estructura de la sociedad, incluso en su economía extractivista.

La aplicación de la nueva Carta Magna y, por tanto, las reformas jurídicas necesarias probablemente también habrían repercutido en el sector extractivo orientado a la exportación de la Naturaleza.

Grandes cantidades de los metales y minerales como cobre o litio son importadas en forma poco elaborada por unos pocos países: sobre todo China, los Estados Unidos y también Alemania. En un contexto de creciente demanda de estos metales estratégicos y críticos para la producción de autos eléctricos, Chile profundiza en su “modelo de desarrollo” extractivista. Sobre esta base se pretende frenar el cambio climático y por la misma razón Chile ha ampliado sus fronteras extractivistas, pero también para mantener su posición como primer exportador del cobre mundial y no tener que renunciar al título de segundo exportador mundial de litio, el “oro blanco”. Sin embargo, la extracción de metales a escala local y regional destruye la Naturaleza, los territorios, las bases para el buen vivir (Atienza et al., 2021; Jerez et al., 2021; Olarte et al., 2022). A nivel nacional e internacional son sobre todo las élites y clases medias que se benefician del modelo extractivista (Schlosser, 2020). Si se aplicara la nueva normativa, habría que prestar mucha más atención a las regulaciones sociales y ecológicas.

Por el momento, el gobierno chileno actual parece no tomar iniciativas serias para superar los extractivismos, aunque el presidente Boric prometió durante su discurso inaugural que Chile no tendría más zonas de sacrificio. Sin embargo, el salar de Atacama, que se explota para obtener litio en los autos eléctricos alemanes, entre otras cosas, podría convertirse en la próxima zona de sacrificio. El Estado, aún extractivista, pretende hacerlo a través de la renacionalización de amplias partes de la minería, la creación de una empresa nacional del litio y devolver el sector a la propiedad pública. Además, el gobierno de Boric habla de minería verde, de minería 2.0, y así no solo reproduce los discursos de las empresas capitalistas transnacionales y tecnócratas que critican los movimientos, sino que incluso los legitima. Y eso profundizaría el modelo económico-político hegemónico y no ayudaría a superarlo. Por supuesto, un gobierno tiene que transigir con los diferentes actores colectivos y tiene que considerar las estructuras económicas existentes. Pero un gobierno de izquierda lo haría en un horizonte de cambio radical de las relaciones de fuerzas

y los modos dominantes de (re)producción, o sea, como “política real revolucionaria” (Rosa Luxemburgo).

Esto no es posible con la promesa de una minería verde, que simplemente no existe (Jerez et al., 2021). O una “economía verde”, que ha demostrado ser igualmente irrealista en los países capitalistas y, si acaso, solo para unos pocos, pero a costa de los demás (Brand y Lang, 2018). En otras palabras, un “modo de vida imperial” (Brand y Wissen, 2021) al que –al menos, eso es lo que suponemos– una nueva Constitución tenía el potencial de contraponerse.

## **El modo de vida imperial**

Lo potente de la nueva Constitución propuesta por la Convención Constitucional de Chile es que tiene el potencial de pensar alternativas al capitalismo global desde su periferia; un sistema de dominación y explotación ampliamente aceptado y prácticamente vivido cada día por mucha gente en todas las partes del mundo, inclusive por las propias víctimas del sistema.

No es fácil cambiar las complejas estructuras predominantes que aseguran la vida cotidiana en los países capitalistas hoy día, así como el modo de vida imperial. La bonanza allí, que también está presente en las élites de los países del Sur global,<sup>3</sup> se asegura a través de la apropiación en principio ilimitada de la capacidad de trabajo, Naturaleza y los sumideros a escala mundial. Para la vida en los centros capitalistas es decisiva la manera en que están organizadas las sociedades en otras partes, por ejemplo, en América Latina, y la manera en que configuran su relación con la Naturaleza. Esto a su vez es la base para garantizar el traspaso de trabajo y Naturaleza del Sur global necesario para las economías del Norte global y de China. A su vez, el modo

<sup>3</sup> Utilizamos los términos Norte y Sur global por falta de alternativas. No pretendemos reproducir el invento del “desarrollo” y la consiguiente división del mundo en dos partes. Seguimos buscando una solución que tal vez pueda encontrarse en un intercambio crítico y solidario entre América Latina y Europa.

de vida imperial del Norte global, presente crecientemente en países del Sur global, contribuye de manera decisiva a estructurar jerárquicamente a las sociedades en otras partes. Y todo esto como resultado de la mercantilización imparable de la vida misma, exacerbada cada vez más con el capitalismo “verde”.

La presencia de lo que representan los extractivismos pasa a menudo desapercibido en muchas sociedades. La chilena no es la excepción. Electrodomésticos, aparatos de medicina o infraestructuras automovilísticas, así como el abastecimiento de agua y energía contienen materias primas cuyo origen no es visible. Lo mismo es válido para las condiciones de trabajo en las que se explotan estas materias primas o en las que se producen los textiles y los alimentos. Y es igualmente válido para el consumo de energía necesario para ello. Todo esto queda oculto al comprar, consumir y utilizar muchos de los objetos cotidianos necesarios, incluyendo los “alimentos culturales”, como los medios de comunicación impresos o digitales. Solo estas condiciones sociales y ecológicas invisibles permiten que estos productos puedan ser comprados y consumidos de manera tan fácil.

El sociólogo agrario McMichael habla de “*food from nowhere*” –alimentos de ninguna parte– y se refiere al oscurecimiento del origen y de su producción, lo que normaliza su disponibilidad espacio-temporal ilimitada. Fresas procedentes de China ofrecidas en invierno en comedores escolares en Alemania, tomates producidos por migrantes ilegales en Andalucía para el mercado norte europeo y langostinos criados para los consumidores particularmente en el Norte global destruyendo los bosques de manglares tailandeses y ecuatorianos, son ejemplos de ello.

El modo de vida imperial se basa en normas de producción, distribución y consumo profundamente arraigadas en las estructuras y prácticas políticas, económicas y culturales cotidianas de la población en el Norte global, y cada vez más también en los países emergentes como China y del Sur global. No nos referimos solo a las prácticas materiales, sino en especial a las condiciones estructurales que las posibilitan y a los modelos y discursos sociales asociados.

Dicho de otra manera: los estándares de la vida “buena” y “verdadera”, que muchas veces consisten en el modo de vida imperial, se establecen en la vida cotidiana, aunque sean excluyentes para las grandes mayorías y sean posibles en base a relaciones sociales explotadoras del trabajo y de la Naturaleza.

La compra de un automóvil, por ejemplo, es una acción que se desarrolla dentro de patrones infraestructurales, institucionales o sociales preestablecidos e interiorizados en el hábito. Así, numerosos factores supraindividuales y de los cuales el individuo no necesariamente es consciente, influyen en la decisión de compra. Entre ellos, una red vial en perjuicio del transporte público de personas, incentivos estatales de compra y uso del automóvil, pero también ideales de masculinidad predominantes y conceptos de independencia individual. De igual importancia son las cadenas de valor añadido, que posibilitan una apropiación barata de Naturaleza y mano de obra de otras partes del mundo, así como normativas de emisión laxas y una competencia de estatus social que también se disputa a través de la posesión de un auto. Todos estos factores confieren “racionalidad” a la decisión de compra de un automóvil y la hacen aparecer como normal. Pero también hacen desaparecer el poder subyacente que se reproduce en estas condiciones bajo las cuales se toma la decisión, así como su violencia.

En muchas zonas de la tierra tiene un efecto agravante sobre el cambio climático y la destrucción de ecosistemas, la polarización social, el empobrecimiento de muchas personas y la destrucción de economías locales más solidarias o las tensiones geopolíticas que hasta hace pocos años se consideraban superadas con el fin de la guerra fría. Es más: el modo de vida imperial contribuye sustancialmente a crear estos fenómenos de crisis. Por otra parte, ayuda a estabilizar las relaciones sociales allí donde se concentran sus beneficios. Sin los alimentos baratos producidos a costa de personas y Naturaleza en otras regiones, posiblemente habría sido bastante más difícil garantizar la reproducción de las capas sociales bajas del Norte global también en el contexto de profundas crisis económicas.

A escala global, esta apropiación desproporcionada de la Naturaleza y la fuerza de trabajo provenientes de un “afuera” presupone que muchas personas, inclusive en los estratos populares, puedan experimentar una relativa mejoría en sus condiciones de vida.

Por lo tanto, en la medida que se cuestionen estos elementos enraizados en el capitalismo global, más perderá el modo de vida imperial su fundamento económico.

## **Consideraciones finales**

Amplios sectores de la sociedad civil chilena se están repolitizando. El enfoque estratégicamente inteligente de la alianza de movimientos sociales con las protestas y las campañas de información asociadas que hicieron posible el proceso constitucional en primer lugar resultaron un referente potente para el mundo.

El proceso emancipatorio en Chile nos motiva, inspira, da esperanza en una Europa que parece cada vez más subordinada a los capitales transnacionales y donde hay una guerra sin salida emancipatoria abocada al inicio de una “nueva guerra fría”.

Tres días después del inicio de la horrible guerra de agresión rusa en Ucrania, el 24 de febrero, el primer ministro alemán Olaf Scholz anunció un fondo especial para el armamento de las FF. AA. alemanas de cien mil millones de euros. Los verdes, desde diciembre de 2021 en el gobierno federal, que vienen de una tradición del movimiento internacionalista y de paz, se convirtieron en una fuerza bélica. El dispositivo dominante es la fuerza, y el ejército sería un medio necesario para resolver los conflictos internacionales, según el gobierno alemán. Eso causa una atmósfera social muy distópica y, de manera muy paradójica, una ilusión de normalidad en Europa del Oeste un año después del inicio de la guerra.

Sin romantización alguna, los movimientos sociales en Chile nunca han estado en guerra en la lucha por una vida digna. Aunque Sebastián Piñera reclamó exactamente eso y acabó enviando

de nuevo a las Fuerzas Armadas a las calles por primera vez desde el retorno de la democracia. En este contexto, las nuevas dinámicas políticas progresistas y sociales emancipatorias en Chile, igual que en Colombia y Brasil, resultan importantes para los movimientos emancipatorios. Y tienen un resplandor que llega hasta los países europeos como Alemania.

La primera propuesta para una nueva Constitución, en tanto deseo y parte de construcción colectiva, expresó y expresa aún el fundamento de una nueva ética. Es la expresión de la lucha en contra del miedo, en contra del individualismo, consumismo y conformismo, de la despolitización, del patriarcado y la destrucción de la Naturaleza.

De la propuesta constitucional chilena misma, las repercusiones en Europa son múltiples. Se revalorizan aquellos elementos propios de una sociedad solidaria que deberían primar incluso en la integración regional, el principio de la plurinacionalidad, la descentralización político-administrativa, los Derechos de la Naturaleza, los bienes comunes (naturales), la vida en comunidad y dignidad, la equidad de género. Esto es revolucionario y nos demuestra en Europa que las utopías no solo pueden pensarse, sino también realizarse. En Chile, no en un pasado reciente, es decir, el 4 de septiembre, pero ojalá que sí en un futuro próximo. Sin embargo, el resultado electoral del 7 de mayo 2023, cuando el grupo de expertos para elaborar un texto constitucional fue elegido y ganó claramente la (ultra)derecha, no augura nada bueno. La democracia puede estar en grave peligro.

La propuesta anterior para esa nueva Constitución chilena, a pesar de no haber sido aprobada, conlleva el potencial para construir otras formas de bienestar, que no estén enfocados en la ganancia y la producción del valor de cambio, ni en el consumo individual, ni en un nivel de vida dependiente del ingreso personal. Otro bienestar, enfocado en bienes comunes, en una economía del cuidado, donde se decida conjunta y democráticamente qué productos son necesarios y cuáles se producen de forma sustentable. Es decir, una producción de valores de uso que no sean dominados por el valor de cambio.

Eso requiere infraestructuras, institucionalidades y políticas para propiciar los Buenos Viveres de toda la sociedad y no solo de grupos reducidos, la facilitación de servicios básicos universales para la educación, la salud, las pensiones, la movilidad, entre otras cosas. Implica organizar las relaciones sociales, culturales y económicas armoniosas con y en la Naturaleza, reconociendo que todos los seres vivos tienen un valor intrínseco.

Esa discusión chilena permite repensar el papel del Estado. Las estrategias emancipatorias no se formulan y aplican exclusivamente como acciones estatales (*policies*), sino también como acciones concretas para transformar profundamente los aparatos estatales mismos (Lang y Brand, 2015). Una tarea que pasa por promover una amplia democratización de lo político, de la sociedad, de la cultura y de la economía. Esta última sería, en el mejor de los casos, una economía normada y orientada a satisfacer las demandas de la vida misma y no las del capital, con un sector público fuerte y transparente, con economías solidarias importantes, con una combinación sólida y solidaria de las economías formales. Una economía inspirada en el cuidado en términos de las poderosas propuesta del mundo feminista. Una economía fundamentada en la soberanía alimentaria, en el derecho humano a la salud, vivienda, educación; un derecho que no puede estar mediado por la moneda y el trabajo asalariado, es decir, por la civilización de la mercancía.

El desafío de la nueva Constitución en Chile habría sido, en primer lugar, establecer una economía posextractivista. Eso no significa que los elementos de la Naturaleza no deban utilizarse en absoluto. Tampoco implica que la producción agrícola y de pesca para la exportación deban abandonarse por completo directamente, pero tendría que cambiar fundamentalmente. Bien es verdad que no cambiarán radicalmente las condiciones de su extracción y cultivo de la noche a la mañana. Era más bien una cuestión de implementar procesos de transición planificados y múltiples, impulsados desde abajo. Y definitivamente no desde la (ultra)derecha. Retomando debates recientes, no solo en Chile es preciso abrir nuevamente la discusión a

un Nuevo Orden Económico Global. Lo que comprendería algunos elementos como las políticas industriales propias (y hoy en día social y ecológicamente apropiadas) y la estabilización de los precios internacionales en contra de las “volatilidades” de los mercados capitalistas (que privilegian ciertos actores). Significaría superar los tratados de libre comercio que benefician actores en el Norte global, países como China y las élites del Sur global. Se trataría de construir otra institucionalidad financiera internacional desmontando todas aquellas herramientas del capital transnacional como son la deuda externa, los tratados de protección de las inversiones transnacionales o los marcos normativos de las patentes.

En este sentido, iniciativas para reformar la economía mundial podrían venir del Sur global. Chile posrechazo, con un gobierno que perdió fuerza como también una parte de la confianza del movimiento popular, además del rumbo casi desde el inicio de su gestión, en este tiempo ya no es el gran referente.

Sin embargo, el alicaído gobierno de Boric, en conjunción con otros gobiernos progresistas, como el de Colombia con Gustavo Petro o el de Brasil con Lula da Silva, pueden ser motores importantes de nuevos procesos de cambio en América Latina; esta constatación no está exenta de dudas si tomamos en cuenta lo frágiles y confusos que han resultados los gobiernos progresistas en esa región del mundo. No debe haber otra ola de derechas. Conseguir que la economía mundial sea justa y ecológica es una condición internacional básica para lograr una economía de orientación socioecológica, tal y como se formuló en el borrador de la nueva Constitución.

Nosotros, de las izquierdas políticas así como sociales, de los movimientos sociales, quienes alientan el pensamiento crítico y los sentimientos de solidaridad en Europa, seguiremos aprendiendo de Chile. Reconocemos el valor y la tenacidad de sus fuerzas contrahegemónicas. Rescatamos las propuestas para construir colectivamente formas de Buenas Vidas. Y seguiremos discutiendo los procesos ejemplares que provienen de algunas partes de América Latina como en Chile, a saber, con humildad y respeto, en el mejor de los casos

con las fuerzas contrahegemónicas críticas, pero ojalá sin caer en solidaridades torpes que ocultan los errores, las corrupciones, las violencias e inclusive los crímenes que se cometen y que son ocultados hasta el día de hoy para no poner en riesgo “los supuestos procesos revolucionarios”.

De ese proceso de construcción participativa de nuevos horizontes de cambio estamos dispuestos a empujar iniciativas para transformaciones emancipatorias radicales en Europa y todos los ámbitos internacionales: impulsar procesos revolucionarios o de alguna transformación progresista en otras latitudes y no en nuestra Europa resulta un acto de una enorme incoherencia. Finalmente, podemos aprender de las múltiples experiencias en marcha en el mundo entero para reinventar el sistema mundial. Una tarea que demanda la unidad de todas las fuerzas sociales empeñadas en estas luchas sin aceptar nunca más a caudillos y vanguardias iluminadas.

## **Bibliografía**

Abufom Silva, Pablo (17 de agosto de 2022). Chile a las puertas de un momento histórico. *Jacobin*. <https://jacobinlat.com/2022/08/17/chile-a-las-puertas-de-un-momento-historico/>

Atienza, Miguel; Fleming-Muñoz, David y Aroca, Patricio (2021). Territorial development and mining. Insights and challenges from the Chilean case. *Resources Policy*, 70.

Brand, Ulrich y Lang, Miriam (2018). Green Economy and Green Capitalism. En Alberto Acosta et al. (Eds.), *Post-Development Dictionary*. Londres: Zed Books.

Brand, Ulrich y Wissen, Markus (2021). *Modo de vida imperial. Sobre la explotación del hombre y de la naturaleza en el capitalismo global*. Buenos Aires: Tinta Limón. [https://library.fes.de/pdf-files/bueros/mexiko/16551.pdf?fbclid=IwAR0A0GaKgL4Pwi7Jxs-qdV-iVEkr9L5RjPYBOb-UVwzY9HVMUz0TtljLp\\_Q](https://library.fes.de/pdf-files/bueros/mexiko/16551.pdf?fbclid=IwAR0A0GaKgL4Pwi7Jxs-qdV-iVEkr9L5RjPYBOb-UVwzY9HVMUz0TtljLp_Q)

Ferretti, Pierina (5 de enero 2023). Un shock de realidad. *Medico international*. <https://www.medico.de/es/un-shock-de-realidad-18936>

Graf, Jakob (2022). Erneuerung durch Protest. Erfolge und Rückschläge der Linken in Chile. *PROKLA. Zeitschrift für Kritische Sozialwissenschaft*, 52(209), 649-668. <https://doi.org/10.32387/prokla.v52i209.2017>

Herrera, Ignacia; Toro, Paulina y Segovia, Macarena (28 de octubre 2022). Desinformación en el plebiscito: el vacío legal que dejó a 202 denuncias ante el Servel sin ser investigadas ni sancionada. *CIPER*. <https://www.ciperchile.cl/2022/10/28/desinformacion-en-el-plebiscito-el-vacio-legal-que-dejo-a-202-denuncias-ante-el-servel-sin-ser-investigadas-ni-sancionadas/>

Jerez, Bárbara; Garcés, Ingrid y Torres, Robinson (2021). Lithium extractivism and water injustices in the Salar de Atacama, Chile: The colonial shadow of green electromobility. *Political Geography*, 87.

Lang, Miriam y Brand, Ulrich (2015). Dimensiones de la transformación social y el rol de las instituciones. En Miriam Lang, Belén Cevallos y Claudia López (Eds.), *¿Cómo transformar? Instituciones y cambio social en América Latina y Europa* (pp. 7-32). Quito: Abya Yala/Fundación Rosa Luxemburgo.

McMichael, Philip (2013). *Food Regimes and Agrarian Questions*. Nueva Escocia: Fernwood Publishing.

Olarte, Lorena E.; Preiser, Anna y Schlosser, Nina (2022). Reproducing the Imperial Mode of Living in Times of Climate Crisis: Green(ing) Extractivisms and Eco-territorial Conflicts in the Chilean, Mexican and Peruvian Mining Sector. *FIAR: Forum for Inter-American Research*, 15(2). <http://interamerica.de/current-issue/olarte-preiser-schlosser/>

Schlosser, Nina (2020). *Externalised Costs of Electric Automobility: Social-Ecological Conflicts of Lithium Extraction in Chile*. IPE Working Paper, No. 144/2020. Institute for International Political Economy Berlin.

Titelman, Noam y Leighton, Tomás (2022). ¿Por qué ganó el rechazo a la nueva Constitución chilena? *Nueva Sociedad*, (301). <https://nuso.org/articulo/301-rechazo-constitucion-chilena/>